

siásticas, y la mezquindad, egoísmo y frialdad del espíritu sectario. Por lo demás, ambos coinciden en aborrecer el cristianismo, en cuanto contraría la naturaleza y mata la alegría de vivir, ensombreciendo el mundo. *Thais* testimonia el pensamiento de France sobre este punto.

Si es rica y precisa su información de arqueólogo, y luminosa y expresiva su fantasía de artista, no es tan despreciable según es costumbre afirmar, la sagacidad del psicólogo. Sin duda France no es un poderoso creador de caracteres, mas tampoco un limitado fabricante de títeres. Bullen en sus novelas las finas observaciones sobre el alma humana, y cuando él ha querido sondear algunos corazones en tempestad, lo ha conseguido: así en *Yocasta*, en *La Azucena Roja* o en *Los Dioses tienen sed*. Se le reprocha haberse retratado con cierto artificio en los personajes más famosos de sus novelas, estilizando un tipo de filósofo erudito, bondadoso y tolerante: Silvestre Bonnard en *El crimen de un Académico*, el abate Coignard en *El Figón de la Reina Patoja*, el señor Bergeret, en la *Historia Contemporánea*, Brotteaux en *Los Dioses tienen sed*. Tal ha sido su voluntad de artista enamorado de su propio pensamiento persuasivo e ingenioso. Sus personajes—él al fin—aman la ciencia, la razón, la bondad, la belleza, y todas las virtudes que hacen amable la vida, sin desdeñar al pecado, cuando es natural y bello. Todos ellos son, de diversa manera, escépticos.

El escepticismo es la nota fundamental de la filosofía de Anatole France, si es que puede llamarse filoso-